

# Arriba

LUGAR DONDE DESCANSA JOSE ANTONIO



NUM. 210 - SEGUNDA EPOCA

MADRID, VIERNES 1 DICIEMBRE DE 1939

AÑO DE LA VICTORIA

ORGANO DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS J. O. N. S. DIARIO DE LA MAÑANA

PRECIO: 15 CENTIMOS

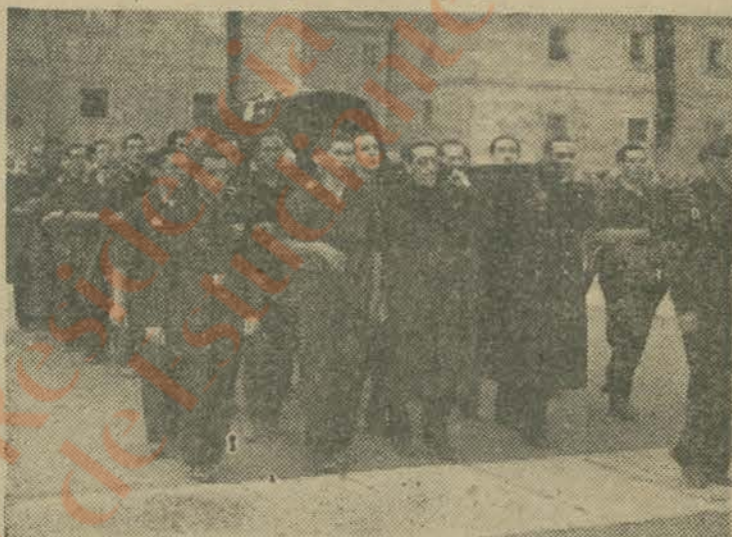
PRESENCIA DEL CAUDILLO Y LA JUNTA POLITICA



El Caudillo espera la llegada de los restos del Fundador de la Falange



El presidente de la Junta Política, Sr. Serrano Súñer; Pilar Primo de Rivera y el secretario del Partido



A hombros de miembros de la Junta Política, el féretro llega al inmenso recinto del Monasterio. (Fotos Contreras.)

## José Antonio reposa y vive para siempre en la piedra augusta de El Escorial

La Falange, que le trajo desde el mar, dió sitio permanente a su cuerpo en la basílica del Monasterio

### Ultima piedra. Primera piedra

Por RAFAEL SANCHEZ MAZAS

"SERE ADORADO COMO UN GRAN PRINCIPE."  
(Palabras de la modestia de Francisco de Asís.)

AQUELLA que fué tenida por piedra de escándalo—nos dice la Escritura—será tenida por piedra de esquina, por fundamento de la casa de Sión. Cuando él, José Antonio, empezó sobre el haz de España su predicación, escandalizó a los violentos y rabiosos de las izquierdas. La Falange, además de ser una gran locura, era una utopía sin posible arraigo en nuestra Patria, y José Antonio era para algunos hasta un ensayista decadente, cosa que más o menos se dijo también de Jesús. El no había pretendido nunca imitar a Cristo Nuestro Señor sino de aquella manera llana y humilde propia de los buenos cristianos, que tienen un pequeño Kempis a la cabecera.

Pero el que se pone a predicar la futura redención de un pueblo y está dispuesto a morir por el espíritu contra la carne, acaba por imitar a Cristo sin querer, acaba por demostrar la profunda verdad de que no hay, fuera de tal imitación, otro camino cuando se combate por la limpia y caritativa cristianidad de una Patria. Luego, como por arte de magia, todos le ayudaron en esta imitación, desde los fariseos y los mercaderes del templo de la primera hora hasta los sayones y verdugos de la hora última. Así murió—no en vano vale la pena de repetir—condenado a muerte a los treinta y tres años de su edad, después de haber padecido su Getsemani, de haberse visto rodeado de pocos discípulos, de haber escandalizado a fariseos y a energúmenos y después de haber dedicado tres años de pública vida a la redención de su pueblo. Cuando leía su pequeño Kempis no se proponía nada de esto, que la Providencia le dió a manos llenas. Como fecha en el arco tendido, presta al disparo, estuvo su vida silenciosa hasta los treinta años, y sólo entonces empezó la trayectoria luminosa, heroica, velocísima, que ayer, al caer el sol, encontraba su blanco justo, luego de haber atravesado, como nunca en su vida mortal, los corazones apretados de España.

Pero ese pueblo que lloraba—como una España viuda por el único hijo—ese pueblo que daba la que llamó San Agustín "sangre del alma"—el llanto—se empezó a curar al verse herido por las heridas que a él, a José Antonio, le sacaron de esta pobre y humana existencia. Cuando se meditó, pasados los años, el justo valor de esta vida simbólica, trágica y esperanzada como ninguna de su tiempo, se verá que es una vida excepcional la suya, no ya en la historia presente, de España, sino en la de toda la civilización presente. Y no sólo renueva el tono de una nación, sino el de una época. Imaginad por un momento que os cuentan que en Francia, Alemania, Italia o Inglaterra ha salido un mozo de noble familia predicando una doctrina que unos pocos aman o entienden y que hasta se moteja de pura disparatada o capricho de ensayista a la moda. Ningún hombre sensato o poderoso en la política da dos cuartos por semejante movimiento. Llega una revolución, y de los doce o dieciséis primeros discípulos mueren todos, como el Fundador, salvo cuatro o cinco que milagrosamente se salvan. En la hora dura de la Patria se ve que la semilla es energética y se multiplica prodigiosamente, a pesar de las cizañas, como en una parábola de Nuestro Señor. Los puntos iniciales de la Doctrina del Fundador se convierten en bases de la Constitución del nuevo Estado por irresistible voluntad de un Caudillo clarividente y victorioso. Y las metas de redención futura de José Antonio son las metas ya de la historia futura de la Patria. Nos hubieran contado que esto había sucedido en Francia, Alemania, Italia o Inglaterra y diríamos que es un acontecimiento excepcional, a la vez antiquísimo y novísimo. Desde la sepultura, el Fundador dice a la Patria entera, congregada en torno a su sepulcro: "¿Veis como era verdad lo que decía?"

Lo fabuloso estriba, según Aristóteles, en la peripetia y el reconocimiento. Su peripetia es la que hemos dicho. Su reconocimiento, el de la piedra de El Escorial, la piedra de parangón de José Antonio. La gravitación de su alma, su trayectoria más íntima y profunda, le conduca ahí fatalmente, irremisiblemente, pues había sido descrita por la derecha de una vida entera consagrada a la redención de una Patria.

Hasta el día de ayer, en que la piedra sepulcral ha descendido, cubriendo sus restos mortales, José Antonio no ha sido por entero reconocido. Todo en su vida—como en la de los grandes de verdad—ha sido paradójico. Hasta esto. La piedra descendía

lenta, inexorable, irremediable y obstinada sobre su sepulcro. Cuando quedó al ras de las losas imperiales de la basílica, lisa y llana, natural e imperiosa, la figura de José Antonio alcanzaba su definitivo reconocimiento. Como mortal no era reconocible. Como inmortal, sí. "Jam apparuit beatitudo vestra." Solamente las piedras de la mole escorialense podían solidificar y perpetuar la emoción enorme y difusa que a lo largo de días de camino, bajo cielos impasiblemente serenos y simpidos, contra la estación misma del año, han mantenido sobre su paso funeral la claridad de sus luceros. Pero, además, él ha venido al ámbito justo, al que tenía la extensión de su vida, la claridad, lógica, ricurona, poética, sobria, militar, religiosa e hispánica de su sueño. Si, como el arquitecto heleno, quisiéramos resumir en poema y teorema de piedra la mente española y universal de José Antonio, tendríamos que reinventar El Escorial, esa clásica falange quieta, impasible, invencible y a la vez sedienta e impaciente. Durante más de un siglo, ¿qué tiempos fúnebres, decadentes, goyescos, godyescos, cortesanos, liberales, frívolos, turísticos y aun edorradicales no la deshonraron? Hoy hemos puesto al Escorial la piedra de su purificación. Hora era ya—hora era—de que aquí viese un héroe español fuerte y joven, con el pecho atravesado por las balas, condenado a muerte por haber servido a la Idea Cristiana del Imperio, y sepultado aquí a los pies de aquel Capitán, condenado a muerte también, Maestro de todos los capitanes del espíritu, que está allá arriba, en lo alto del altar, con los brazos clavados en la cruz.

Nuestra oración de los caídos reza por los que superaron "cimentar con su sangre joven una piedra en la reedificación de la Patria".

Esta es la primera piedra real y simbólicamente cimentada de nuestra Historia nueva y es la última piedra de El Escorial, irrevocablemente; la última de nuestra Historia antigua. "Incipit Hispania Nova." Y empieza sin descanso, como el Caudillo vivo y victorioso lo ha proclamado, entre la angustia del silencio, venida por la imperativa energía, sobre la tumba del Caudillo muerto e inmortal. Acaso quien lo llamó primero César joven de España escandalizó a los de siempre y fué, quizá, algún oscuro y fervoroso falangista. Pero el destino quiere que cuantas cosas en la Falange empezaron por sonar a escándalo acaban por ser, tarde o temprano, verdades literales. Como a César joven de España le damos cristiana y cesárea sepultura. El acta de entrega del cadáver le llama "el caballero de Santiago, José Antonio, Fundador de Falange Española". Acaso se ha querido significar que él nació en el seno postrero de nuestra gloriosa Historia antigua, que hasta en lo ceremonial y legendario la quiso servir como quien era, con honor y respeto en la memoria de aquellas seculares milicias formadas un día por hombres que quisieron ser, como los de Falange, "medio monjes, medio soldados". Pero así como hizo revivir con su clamor de Imperio todo e sueño de piedra de El Escorial, también hizo actuales, combatientes, heroicas y vivas las antiguas formaciones y órdenes.

Extraño hijo pródigo—pródigo de su sangre y de su espíritu—, veiste hoy a la casa que parecías perdida y ha sido hallada entre ideas que parecían muertas, y él ha resucitado. Ahora desde su losa funeral sólo pide que su nombre no sea invocado en vano por miles de bocas y que invocarlo quiera decir servirle, hacer vivo y poderoso su designio. Predilecto, entre todos los de su tiempo, del amor y la muerte, como un pastor simbólico de las mitologías, duerme hoy en la paz que él amaba e implora, con la perfecta concordia de nuestra ya Santa Falange, la concordia fértil y fuerte de una Patria rica de cosechas y de héroes, fiel a los yugos y a las flechas. Al Caudillo que sabe batirse con voluntad y emoción por su sueño, que es el de España, Dios y los hombres le den cuanto merece para vencer en todas las contiendas. El Escorial ya no está oscuro: una nueva luz inextinguible ilumina y hace revivir—martirio fresco y alma clarísima—todas las sombras regias e ilustres, que hicieron honor a nuestra historia y ahuyenta como vanos fantasmas las que nos trajeron deshonor y decadencia. La piedra de parangón está puesta allá, en el eje de la magistral arquitectura.

Cuando terminadas las honras fúnebres veíamos su sepulcro ceñido por las piedras iluminadas y las explandadas clamorosas de ardientes milicias juveniles, sabíamos que ese resplandor y ese clamor habían salido de su alma. Y así le dejamos para siempre, ceñido de la Falange en armas y de las piedras luminosas, en El Escorial, que él hace, para siempre ya, juvenil y radiante.

¡Arriba España!  
¡Viva Franco!

### YA ESTÁ

Por SAMUEL ROS

Ya está José Antonio, primer Jefe nacional, en su sitio, y en el sitio donde está se han pronunciado sus antiguas palabras por el segundo Jefe nacional de la Falange y Caudillo de España.

El lo dijo y Dios le escuchó, no concediéndole el descanso hasta que la Paz lograda por el segundo Jefe nacional lo hizo posible y eterno, dándole toda España por sepultura. Tampoco quiere el segundo Jefe nacional el descanso hasta que se gane para España la cosecha que sembró la muerte.

Y la cosecha de la muerte de José Antonio ya está en la vida de todo un pueblo que, por fin, le ha mirado como quería y merecía: con espanto de amor.

Lo que era temblor entre las movidas corrientes de la vida, entre los ignorados e ignorantes latidos del corazón, ya es, para siempre, el fijo e incommovible bloque de piedra que cubre su cuerpo y descubre su espíritu para todos los tiempos y todos los pueblos.

Ni estaba cerrado el ciclo del quehacer español en la historia del mundo, como él dijo, ni estaba completo El Escorial. El "plus ultra" de la tierra abrió, con otras co-

(Pasa a segunda página.)



El Jefe del Estado llena con la arena simbólica los últimos huecos junto a la gran losa que cubre la tumba de José Antonio



El Caudillo pronuncia ante la tumba de José Antonio las palabras finales de la ceremonia de dar sepultura a los restos gloriosos. (Fotos Contreras.)

# ¡JOSE ANTONIO! ¡PRESENTE!